

# LOS LUNES DE EL IMPARCIAL

DIRECTOR: JOSÉ ORTEGA MUNILLA

REDACCIÓN Y ADMINISTRACIÓN  
MESONERO ROMANOS, NÚM. 31

30 DE ABRIL DE 1894

PRECIO DE ESTE NÚMERO  
10 CÉNTIMOS EN TODA ESPAÑA

HEMEROTECA  
MUNICIPAL



EL 2 DE MAYO.---Misas por los héroes.

Ayuntamiento de Madrid



## REVISTA LITERARIA

## SUMARIO

*Santa Teresa.*—*Her life and times*, by Gabriela Cunningham Graham.—*Literaturas malsanas*, por Pompeyo Gener.

La casa editorial de Londres *Adam and Charles Black*, acaba de publicar en dos tomos lujosos y elegantes, de mucha lectura, una historia de *Santa Teresa*, escrita en inglés por la muy conocida publicista Gabriela Cunningham Graham, que hace mucho tiempo viene consagrándose con entusiasmo y constante aplicación al estudio de cosas españolas.

Pocos años hace esta dama ilustre dió en Londres públicas conferencias, que tuvieron mucha resonancia, tratando con gran competencia asuntos de la literatura española contemporánea; algo de estos trabajos puede recordar el lector que haya visto la traducción que, de parte de ellos, publicó el Sr. Valera en *La España Moderna*.

Gabriela Cunningham nació en Chile, su padre en España, cerca de Granada; mas con todo, la lengua de Santa Teresa, que está escritora inglesa ha estudiado con gran provecho, no es la de su cuna; el idioma de su infancia es el inglés. Por eso publica en inglés su historia de Santa Teresa, que por esta causa no tendrá, por de pronto, en España, tantos lectores como sin duda merece. Sería de desear que uno de los pocos editores que se atreven á pretender popularizar obras extranjeras, se decidiesen á darnos una traducción de la *Historia* de nuestra santa insigne, encargando el trabajo, delicado y no tan fácil como algunos piensan, á literato competente, no al primer hambriento que con mucha necesidad, pero poca sintaxis, se presente á matar dos idiomas de un tiro.

*La España Editorial*, ó el Sr. Lázaro, por ejemplo, harían un servicio á nuestras letras emprendiendo el honroso negocio en las condiciones indicadas.

Porque la obra de que se trata merece eso y más, y los españoles debemos gratitud á la dama extranjera que ha consagrado años y más años á estudiar á Teresa de Jesús, no desde lejanas bibliotecas, sino siguiendo paso á paso el itinerario glorioso de la santa fundadora; recorriendo, no siempre en conocido vehículo, á *tomos de un mal rocín*, casi siempre, los caminos poco frecuentados por donde la mística doctora anduvo durante su vida terrena, dejando en ellos, para los espíritus delicados, como un eterno perfume de idealidad que fortifica, y el cual parece que para siempre ha ennoblecido aquella triste pero poética tierra castellana, aquel suelo de Avila, tan á propósito, sobre todo en las noches estrelladas que allí abundan, para elevar el alma á las alturas. Gabriela Cunningham, bien guiada y aconsejada por *teresianos* muy peritos y entusiastas, como v. gr. el canónigo de la catedral de Valladolid Dr. D. Francisco Herrero Bayona, á quien dedica su libro, visitó todos los lugares que era oportuno conocer, y manejó todos los libros y pergaminos que pudieran mostrar algún rastro de la vida aquella, consagrada al amor más sublime, y de los tiempos extraños, y á su modo grandes, en que corrieron sus días.

Fuera crimen, más que ligera falta de mal entendida emulación, procurar, como se teme que alguien haga, que se forme el vacío en derredor de este gran esfuerzo de erudición, leal culto á la religiosidad y entusiasmo por las más dignas glorias españolas. Yo me resisto á creer, sobre todo por aludir la sospecha á quien alude, que haya positivamente el intento de conspirar para que el escaso público español que de esta obra en inglés pueda hacerse cargo, la desdeñe y mate al nacer, dándola por no nacida.

Antes espero que desbaraten tales planes, si existiesen; escritores como Menéndez y Pelayo y la Sra. Pardo Bazán, por ejemplo. Menéndez y Pelayo, que ahora, para bien de las letras, escribe periódicamente en *La España Moderna* de antigüedades literarias españolas ¿dejará pasar sin examen este trabajo, desde luego serio, de paciencia, modesto, como á él le gustan, en que una dama extranjera consagra la flor de su pensamiento, el oro de su tiempo y lo mejor de sus esperanzas y ensueños de idealidad, á una de las figuras más hermosas de nuestra gran tradición espiritual, y á uno de los siglos más gloriosos, el más, probablemente, de nuestra historia?

¿No atenderá también á trabajo tan simpático la autora de *San Francisco de Asís*, estudiando á su manera, y con la competencia que le dan especiales conocimientos y particulares excursiones, la concienzuda creación de una ilustre compañera á quien por cierto ha merecido muchos y justos elogios?

En estos días se nota un movimiento literario, por fuera y por encima de las pasajeras modas y extravagancias de la juventud ilustrada, inquieta, un movimiento de honda simpatía por las grandes figuras históricas del herois-

mo santo; y en tal sentido se escriben libros muy á propósito para atraer á esta clase de lecturas y consiguientes meditaciones, aun al más extraño á todo culto de los llamados, por injusta antonomasia, positivos. El famoso Dupanloop no veía con buenos ojos las vidas de santos escritas á lo profano y como novelas, para hacer señuelo de la retórica; y á su modo tenía razón; pero ahora no se trata de llenar de aceites inoportunos la sencillez santa de ciertas cosas, sino de procurar que creyentes y no creyentes, sin escándalo de aquellos ni disgusto de éstos, puedan admirar de consuno la grandeza humana de la santidad misma.

Poco tiempo hace llamaba la atención de todo el público europeo la vida de San Francisco de Asís escrita con gran novedad de crítica y documentos por Pablo Sabatier, y aunque el autor estudiaba en el *Cristo de la edad media* al hombre solo, aunque sin menoscabo del santo, la misma prensa ortodoxa alabó el libro con entusiasmo; felicitaron á Sabatier los más ilustres franciscanos, y *La Civiltà Cattolica*, que nadie tendrá por poco celosa del interés de la Iglesia, declaraba que de aquel estudio humano salía más esplendorosa que nunca la santidad del fundador sublime.

También la señora Cunningham estudia en Santa Teresa la mujer, la gran mujer, principalmente la fundadora; pero también sin herir creencias; y, menos, con bárbaras y precipitadas fisiologías que varios autores, español alguno, han aplicado al examen indiscreto de un alma que hoy vive en sus obras, pero no en un cuerpo que jamás poseyó la clínica, y, sin embargo, se profana por conjeturas.

Lejos de ese extremo pseudo-científico, preocupado y hasta pueril, que se pega de dos ó tres nombres como historismo, neurestesia, degeneración, etc., no muy significativos cuando se llega á ciertas profundidades psicológicas; lejos de esas profanaciones de *laboratorio hipotético* (verdadero absurdo), la autora de *Santa Teresa* está también muy apartada de la declamación vacía, del falso misticismo lenguaraz y antipático que cifra su pasión más en aborrecer á los que juzga condenados que en amar al Dios de todos. No, no se verán en este libro esos *ferrovinos* académicos á que tan aficionados se muestran, porque su cuenta les tiene, los que sin tiempo para ser religiosos de veras en vida cosegada y un poco contemplativa, dedican lo mejor de sus horas, y hasta la vejez extrema, á las miserables intrigas de la ambición y la avaricia, y en rincones del año, en desperdicios del ocio, esperando siempre ocasiones sonadas y vistosas, embalsaman con flores retóricas el cadáver de sus creencias, para enseñarlo al mundo como ejemplo de piedad, y al mismo tiempo como quien pasa revista de presente para cobrar derechos activos ó pasivos.

Por hoy me contento con anunciar, recomendándolo, el libro de Gabriela Cunningham; en otra ocasión, cuanto antes pueda, sin pretensiones de crítico de erudición histórica, sino desde el punto de vista en que me colocan mis aficiones y reflexiones, examinaré detenidamente tan simpática producción, al mismo tiempo acaso, quiero decir, en el trabajo mismo, en que habla del *San Francisco* de Sabatier, cumpliendo solemne promesa.

\*\*

Moliere escribió *Le medecin malgré lui* y *Le malade imaginaire*, *El médico á palos* y *El enfermo imaginario*; si viviera hoy, tendría que escribir *El enfermo á palos* y *El médico imaginario*.

Hay una porción de médicos fisiólogo-sociológicos que se empeñan en encontrarle á la sociedad moderna una porción de enfermedades que no tiene, como si no le bastaran las crónicas que, en efecto, padece.

Entre esos médicos unos son doctores serios, otros *in absentia*, otros *Bartolos* de Moratín, ni más ni menos.

Lombroso, el demasiado vulgar Lombroso, es uno de los que más han alborotado, y bien conocidos (y plagados) son sus libros relativos á las enfermedades del genio y del talento. Lombroso, principalmente en su *Genio y locura* (obra de cierto mérito á pesar de todo), ha querido echar por tierra muchos ídolos de mármol, demostrando, ó poco menos, que la grandeza de su mente era locura. Ahora es Max Nordan, tedesco más activo y paciente en el trabajo que delicado y ático en el sentir y el decir, quien se presenta con su *Degeneración*, obra muy abultada que dedica á Lombroso, á quien tiene por maestro. El maestro atacaba principalmente á los muertos; el discípulo no distingue entre muertos y vivos, y aun de éstos no perdona á los que están en manicomios y hospitales. Max Nordan trata á su clientela *forzosa* con muy malos modos; la cura es problemática, los malos tratos seguros. Podrá equivocarse en el diagnóstico, pero la cantárida nadie se la quita al enfermo. D. Pompeyo Gener, español, catalán, entusiasta del positivismo, también ha caído en la cuenta de que nos sentimos muy mal; y no imitando á Max Nordan, á lo menos él así lo decla-

ra, si no coincidiendo con él, viene en averiguar que gran parte de la literatura moderna está que da lástima.

Es el caso que cuando el Sr. Gener estaba corrigiendo el último pliego de su libro *Literaturas malsanas*, llega á su noticia la publicación de la obra de Max Nordan *Degenerescence* (así dice Gener, como si Max Nordan hubiera publicado su libro en francés), y aunque Gener no la ha leído, se apresura á refutarla en una nota y en pocas palabras, no todas castellanas, como v. gr., *expansión* y *esparramados*. Bien se conoce que Gener no había leído á Max Nordan, porque se equivoca al creer que su obra y la del alemán marchan por tan diferentes caminos. Yo, que he leído una y otra, puedo juzgar mejor, y diré al señor Gener lo que hay. Max Nordan, lo mismo que Gener, atribuye á enfermedades, propiamente tales, los defectos, las graves males que ve en la literatura *nerviosa* contemporánea; acude á las mismas fuentes que se dejan adivinar en Gener, sólo que Max Nordan las cita, y Gener no; y, por último, coincide con Gener en el diagnóstico... y en los enfermos; aplica su examen á las mismas escuelas y á los mismos escritores insignes que Gener, aunque extendiéndolo á más *salas* y á más *casos*, porque si bien uno y otro hablan, y los ponen como hoja de perejil, de Wagner, de Tolstoi, de Verlaine, de Zola, etc. etc., Max Nordan trata además del pobre loco que creyó saber lo que dijo *Zaratustra*, y consagra á Ruskin y su escuela inglesa de estética, páginas que se echan de menos en *Literaturas malsanas*. Respecto á conclusiones, en efecto, difieren las del alemán y las del catalán; las de éste son más simpáticas y optimistas casi; las de aquél más lógicas y más negras. Pero yo aconsejo al Sr. Gener que si los maliciosos dan en la flor de decir que él se inspiró en Max Nordan, no les conteste con ese argumento de las conclusiones diferentes, porque es flojo argumento. Nada más fácil que concluir como se quiera; la cuestión es empezar. El argumento más fuerte es este en que yo creo: la palabra honrada del Sr. Gener. Él declara que hasta llegar al último pliego, y eso en la corrección de pruebas (que casi nunca resultan corregidas), no supo de *Degeneración*. Pues basta.

Si yo creo al Sr. Gener, es porque le tengo por excelente persona, ingenuo, hombre de fe y de propaganda; activo, simpático por los cuatro costados. Desde muy joven lucha por las ideas, tal vez equivocándose, en parte, en la elección de sus amores intelectuales, pero siempre acertando en ser diligente, en ir y venir de pueblo en pueblo, de entusiasmo en entusiasmo. Aparece una gran teoría moderna, Gener la estudia más ó menos de prisa, se entusiasma, la predica, y casi casi *le hace el artículo* en sus viajes, que se parecen no poco á los de un comisionista celoso. Inventa Ferrán el remedio del cólera, ó cosa parecida, y allí está Gener, con exposición de su vida, desinteresadamente, ayudándole, defendiéndole, á su lado, sin miedo á molestias ni sacrificios.

Si yo me metiera también á médico imaginario, diría que la enfermedad de Gener es una *Tainia* (pronúnciese *ai* en francés). En efecto, Gener se tragó á Taine, y ahora va soltando, en forma de libros, artículos de los *anillos* positivistas. Cosa peor pudo haberse tragado. Por ejemplo, el diccionario de la Academia. Pero no haya miedo. Váyale el Sr. Pidal al Sr. Gener con eso de que medio mundo ha comprado el diccionario de la casa. Serían enfermos, gente con caquexia; pero no hombres tan robustos y sanos como el Sr. Gener, y el mismo Sr. Pidal, que en su discurso demuestra una salud excelente, y que en casa del herrero cuchillo de palo. En efecto, y vaya de incidente: El Sr. Pidal, en el momento mismo de decir en el discurso con que inauguró el palacio académico, que Felipe V creó la Academia para evitar la invasión de los galicismos, comete uno mayúsculo hablando de la *silueta* del monarca. El diccionario que Pidal tanto alaba, no admite la palabra *silueta*; pero admite *sombra*; pero no *sombra luminosa*, como dice enseguida Pidal. Tampoco admite la Academia que *desarrollar* se emplee tratando del crecimiento de cosas que no sean vegetales ó animales, sino morales; y Pidal usa el *desarrollar* muchas veces en el sentido que no se admite en la casa. También habla Pidal de los trabajos *formidables* de la Academia, y de fijo no quiere decir formidables. Va todo esto por vía de ejemplo, para que vea el Sr. Gener como este raquitismo gramatical de que se lamenta, este prurito de corrección y propiedad en el lenguaje, lepra, según él, de la literatura española, no aqueja á todos nuestros escritores, pues los hay hasta académicos, como el Sr. Pidal, que no son más escrupulosos en materia de barbarismos que el mismo Sr. Gener, y eso que éste aprieta de firme cuando tocan á desdeñar la gramática castellana.

En el libro del autor catalán hay varios capítulos que ni el más malicioso puede atribuir á imitación de Max Nordan; el Sr. Gener ha querido portarse como buen patriota y descubrir varias enfermedades indígenas, privativas, ó poco menos, de las letras castellanas. Estas pestes son: lo que él llama el *gramaticalismo*, el *retoricis-*



mo el *criticonismo* y el *criconismo*. Del *criticonismo* está tocado también el Sr. Gener, pues aunque declara que ya no hay crítica, que ya nadie da patentes de genio ni las niega, él se pasa las horas muertas hablando con aires de infalibilidad positivista y dando y quitando patentes, y llamando coloso canallesco á Zola; y le quita á Tolstoi los galones de capitán general; y le pide á Wagner la abdicación de su cetro musical. Pero en cambio, en punto á *retoricismo* y *gramaticalismo*, el Sr. Gener prueba una salud como un roble, pues no hay manzana sana que se preocupe menos que él de la retórica y de la gramática. En punto á retórica habla de «tropos, metonimias y sinecdotes» sin saber, por la visto, que sinecdotes y metonimias son tan tropos como las metáforas. También el Sr. Pidal hablaba en su discurso académico de los tropos de *dicción* y de *sentencia*. (!) No extrañe Gener la mucha salud de Pidal; es hombre que por el verano se entrega á la caza del oso, y bebe mucho aire puro en la montaña.

Volviendo al Sr. Gener, voy á decirle con la mayor seriedad posible, que si no he entrado todavía en el fondo de la cuestión es por que, quíralo él ó no, tratándose de literatura española, es un requisito indispensable escribir y hablar en español, y no basta que él se rebele é insista en afirmar que en Barcelona se dice *barandillas* por *banderillas*, porque catalanes hay que son maestros del habla castellana, y otros que pudieran serlo, como Oller, y sin embargo, escriben en catalán por una modestia que, francamente, el Sr. Gener no tiene. Tendrá otras, pero esa no.

No hay más remedio, señor mío, que abordar esta cuestión previa. El Sr. Gener trata de mala manera, con evidente desprecio, á los escritores que por acá dan importancia al modo de decir las cosas; pero se ve que no es imparcial, que aboga por causa propia, pues lo que quiere es una pragmática para decirlo todo de cualquier manera. Y por eso no podemos pasar. No podemos admitir al Sr. Gener á *parlamento*... mientras no traiga un intérprete.

Y antes de seguir adelante, y por si no hay tiempo hoy para otra cosa, allá va el cuerpo del delito.

El Sr. Gener escribe *obsede*, y en español hay obsesión, obseso, pero no hay obsedar, ni obseder, ni obsedir; *obsede*, ni diciéndolo Pidal, podría ser castellano.

*Resumitivo* tampoco es castellano, á Dios gracias.

*Destornilla* de risa, tampoco.

«Ciegos que son, no ven, etc.» tampoco.

«El Alemania» tampoco.

*Pontificar*, en el sentido de hablar como Pontífice, tampoco.

«Algún aristarco ignorante, y como á tal osado,» no es castellano, y dudo que sea griego.

*Blasfematerio*, hablando de persona, no es español; hablando de cosas sí, anticuado.

«Su estilo ancho, redondo» no estaría bien en lengua alguna, porque lo redondo no se distingue por lo ancho, ni por lo largo.

«Hechas estas explicaciones» tampoco es castellano.

«Pretenciosa» no es castellano.

«Hácese broma de todo» no es castellano.

«Con justesa» es casi francés, pero nada castellano.

«Torciendo de camino» no es castellano.

«Como á crítico y fundador de escuela no es Zola...» no es castellano.

«Siempre uno se encuentra mal» es construcción viciosa, no es castellano, dicho así.

*Absento* no es castellano, pero lo es ajeno, y hasta lo es *absintio*. Si Ud. le dice á un cristiano, español. «Me obsede la absente» ó «me hago broma de los blasfematorios» no le entiende á Ud., aunque no padezca de raquitismo gramatical.

«De omnia re scibili» no es castellano... ni latín.

«Per in eternum» no es latín ni castellano.

El Sr. Gener declara que la literatura romana de los buenos tiempos le parece de oro, que es muy sana, y que las artes gozan de excelente salud alrededor del Mediterráneo, ese lago que... Pero venga Ud. acá, Sr. Gener, quien va á creer en las aficiones clásicas, y en las humanidades, como Ud. dice que se decía antes, de quien escribe: «*de omnia re scibili*» Omnia es terminación neutra de plural, de nominativo, acusativo ó vocativo, y *re scibili* es singular, hablativo, y *re* femenino. Francamente, no me gustan los pedantes, pero Ud... peca de demasiado poco bachiller... Ni latín, ni castellano, ni retórica... ¡Ha empezado Ud. por facultad mayor!

Pues en literatura contemporánea tampoco me parece Ud. muy fuerte, aunque afirma las cosas con un aplomo que engañaría á cualquiera que no supiese á qué atenerse.

Dice el Sr. Gener, que Gogol, en su libro *El Idiota*, imita á Cervantes, según declara él mismo. Esto lo asegura Gener dos veces. Y ya se sabe que *El Idiota* no es de Go-

gol, si no de Dostoieneski; de modo que Gener no puede leer en Gogol lo que dice: donde Gogol *recuerda* algo el Quijote es en su obra maestra *Almas Muertas*, que nuestro crítico ni siquiera cita. ¿Con qué autoridad se pone Gener después á mirar por encima del hombro á Gogol, á Tolstoi, Dostoieneski, etc., etc.?

Ya se ve que el Sr. Gener preferiría que yo prescindiese de estas *menudencias* y me pusiera á discutir con él acerca de si la moralidad pide ó no que vivamos la vida en toda su *algidez*. A ese propósito sólo diré que *algidez* significa solamente frialdad glacial, y *algido* acompañado de frío glacial; de modo, que queriendo decir Gener que debemos procurar la vida en toda la fuerza, dice todo lo contrario, pues lo glacial, más propio es de la muerte. Y *algidez* es término de medicina, Sr. Gener.

Al Sr. Gener le pasa lo que al doctor Faustino de Valera, que estaba más dispuesto á inventar leyes nuevas que á estudiar las que otros habían hecho. El Sr. Gener, hablando en plata, no quiere estudiar gramática castellana, ni retórica, ni estética, ni historia literaria, ni psicología, como no sea fisiológica, ni latín... pero está dispuesto á demostrar, apoyado en autores que no cita, pero que cita Max Nordan, por ejemplo, que estamos llenos de *neurosis* y *neurastenia* y otra porción de lindezas, muy respetables cuando no se las saca de quicio.

Más difícil le sería á Gener probar la grave acusación que lanza contra Zola, cuando supone que ha querido comerciar en sus novelas con la lascivia del público. Que eso lo han dicho infinitos enemigos de Zola, ya lo sabemos; pero que Gener tenga prueba de lo que afirma, es más problemático.

También dice Gener que la doctrina de Schopenhauer es más profundamente moral que la cristiana. ¿Si habrá estudiado Gener á Schopenhauer y el cristianismo, como el latín y como á Gogol?

Otro dogma de Gener. «La novela experimental es una barbaridad.»

Gener admite la observación, pero no el experimento en materias morales...

Y, sin embargo, yo le he sometido á él á un experimento, y la lección que me ha dado la realidad ha sido como yo me temía.

Todo lo dicho no quita que yo agradezca infinito al Sr. Gener el regalo del número doce de los ejemplares especiales de su obra que ha hecho para obsequiar á las personas que él considera, por estos ó los otros méritos, dignas de tanto honor, sin distinguir de compadres y adversarios. Esta imparcialidad honra al Sr. Gener. Según me asegura, en España sólo ha regalado cuatro ejemplares de éstos. Dios quiera que los otros tres hayan caído en manos de censores menos enfermos que yo de *gramaticismo*, *retoricismo* y *criticonismo*. Somos el diablo los críticos, sobre todo cuando ya vamos siendo perros viejos. No es cosa segura que no vuelva yo á hablar del libro del Sr. Gener. Si hablo entraré ya en el fondo, y entonces verá el simpático y activo polígrafo que yo también soy partidario de la vida *algida* como él dice; pero sin perjuicio de abstenerme de tratar como á zapatos *histéricos* á hombres como Tolstoi, Gogol, Zola, Wagner, gloria de su siglo.

CLARÍN

## EL MUSEO DE PINTURA CONTEMPORÁNEA

Al terminar la guerra de la Independencia reanudó la Academia de San Fernando sus tareas, y con ellas el interrumpido renacimiento de la pintura y escultura, objeto de los desvelos de críticos y filósofos durante el siglo XVIII.

La revolución y la guerra que conmovieron el espíritu nacional disponiéndolo para grandes novedades, descontaron el bien tramado armazón de la preceptiva clásica, notándose enseguida en nuestros pintores, singularmente desde que D. José Madrazo introdujo en la Academia el estudio del modelo vivo y la composición, un extrañamiento más ó menos perceptible de los rigorismos académicos, como síntoma de la gran devoción que sucedió pronto hacia el libre y expansivo espíritu del siglo, alternando con la influencia que el naturalismo español del siglo XVII comenzó á ejercer á medida que los artistas fueron aproximándose á la Naturaleza.

Tales son los caracteres generales de la que podemos llamar pintura contemporánea, aparte del efectismo que todo lo ha manchado y envilecido á última hora, especie de nihilismo artístico en que han venido á parar las ilimitadas esperanzas de hace treinta años.

La colección de cuadros españoles contemporáneos, diseminada por Museos Provinciales, Centros de Recreo, Ayuntamientos y Diputaciones, que debe constituir nues-

tro Museo de Pintura Contemporánea, será, reunida en local capaz como el nuevo Palacio de Bibliotecas y Museos, la conciencia nacional artística en que puedan repasarse en una hora nuestros pecados artísticos para no cometerlos de nuevo, así como nuestros aciertos. Determinanlos todas las obras en que apuntan con el tradicional naturalismo español, la pintura regional de costumbres y la sinceridad artística, mérito extraordinario en este siglo en que las modas y recetas son como el cuerpo y el alma de la gran mayoría de las obras.

\*\*

La pintura contemporánea nació en la estufa de la Academia. Los académicos, literatos muy bien intencionados, la trataron literariamente, como si un cuadro tuviera que expresar ideas á la manera que un poema.

Desconocieron, como desconocerán siempre los literatos, la sensación del color, por virtud de la cual el alma lo saborea con algo de la materialidad conque el paladar gusta los alimentos. El color de las cosas es para el sentimiento del verdadero pintor como una delicada y aromática grasa, como un licor esencial untoso y suave que las cosas destilan en conformidad con la ley de su existencia.

Los que crean que la sensación del color no basta para llegar á ser gran pintor, deben tener presente que el color es en las cosas lo único que al pintor interesa, porque poseyendo ellos precisamente el que revela su intimidad, sintiéndolo profundamente, induce su esencia.

Una obra pictórica para merecer el nombre de tal, necesita, ante todo, estar bien pintada, es decir, ejecutada con verdadero sentimiento del color, porque la pintura no puede renunciar á su natural y único medio de expresión. Es claro que el color ha de estar en su sitio con arreglo á un dibujo amplio y preciso. Esto lo sienten los grandes artistas de modo tal, que hasta los más rebeldes á la mecánica del dibujo han aprendido el necesario para realizar sus obras.

Color sentido y bien puesto, y composición, son los dos grandes aspectos por los que se puede juzgar un cuadro.

El primero es privativo del pintor y siempre será ajeno á los literatos y críticos legos.

Del mayor ó menor acierto en la composición juzga todo el mundo, y por esta puerta se meten á mangonear en el campo de la pintura la multitud ajena al oficio que de ella escribe para daño de los artistas y del público.

La pintura es color amasado por la fuerza plástica del artista. El que no posea el sentimiento del color, ó poseyéndolo no haya educado esa fuerza plástica que lo elabora con la inconsciencia en que se genera el estilo, que no escriba de pintura aunque sepa más que Aristóteles, al menos mientras los estudios estéticos no hayan alcanzado una profundidad y solidez que aun no tienen.

Los delirios idealistas son la levadura académica de la pintura moderna que cuando más ha conseguido la realidad en los asuntos; huyendo de la alegoría, viniendo á las escenas de la vida real; pero sin aspirar siquiera á la realidad que verdaderamente le concierne, que es la del color.

Y esos delirios se han extremado tanto, que como dicen los realistas rabiosos, vale más una berza bien pintada que todas esas legiones de enfermizos fantasmas que pueblan los lienzos modernos y dan insoportable monotonía á las exposiciones.

\*\*

El Museo de Pintura Contemporánea contribuiría más que todo á afirmar en la juventud las ideas expuestas.

En los cuadros de la primera época, hasta el año treinta y cinco ó cuarenta, vería patente el triunfo de las teorías académicas. En estas obras no hay más recuerdo del natural que las antiguas reglas de las proporciones del cuerpo humano, aplicadas por artistas sin personalidad, cultivadores del maniquí; por gramáticos de la pintura, que como todos, llegan á la idolatría de los grandes maestros volviendo las espaldas á la Naturaleza. Ambición idealista en los asuntos, falso decoro en las aptitudes, pintura nunca.

Podrían también apreciar la tendencia nacional anunciándose en alguno como Alenza, desgraciado artista que dió muestras, aunque humildes, de sentir el color como nuestros maestros del siglo XVII, poniéndolo con la tradicional amplitud, merced á la cual las figuras libres de las mezuquinas ligaduras de un dibujo seco y vibrante que los clava en posiciones y gestos mentirosos é imposibles, como que gozan de cierta libertad de acción que las ofrece al espectador como en posibilidad de moverse; atenuando en el cuadro la fatalidad de su naturaleza reducida á la representación de un momento de la vida, que los malos dibujantes ridiculizan con su empeño de precisar en líneas secas y rígidas lo que es movimiento y vibración en el ambiente.

Después, y bajo el sapientísimo magisterio de D. Fe-



# LA GUERRA DE LA INDEPENDENCIA

## ZARAGOZA

«Mientras los morteros situados al Mediodía arrojaban bombas en el centro de la ciudad, los cañones de la línea oriental dispararon con bala rasa sobre la débil tapia de las Mónicas y las fortificaciones de tierra y ladrillo del molino de aceite y de la batería de Pálafox. Bien pronto abrieron tres grandes brechas, y el asalto era inminente. Apoyábanse en el molino de Goicoechea, que tomaron el día anterior, después de ser abandonado é incendiado por los nuestros.

Seguras del triunfo, las masas de infantería recorrían el campo, ordenándose para asaltarlos. Mi batallón ocupaba una casa de la calle de Pabostre, cuya pared había sido en toda su extensión aspillerada. Muchos paisanos y compañías de varios regimientos aguardaban en la cortina, llenos de furor y sin que les arredrara la probabilidad de una muerte segura, con tal de escarmentar al enemigo en su impetuoso avance.

Pasaron largas horas; los franceses apuraban los recursos de la artillería por ver si nos aterraban, obligándonos á dejar el barrio; pero las tapias se desmoronaban, estremecíanse las casas con espantoso sacudimiento, y aquella gente heroica, que apenas se había desayunado con un zoquete de pan, gritaba desde la muralla, diciéndoles que se acercasen. Por fin contra la brecha del centro y la de la derecha, avanzaron fuertes columnas, sostenidas por otras á retaguardia, y se vió que la intención de los franceses era apoderarse á todo trance de aquella línea de pulverizados ladrillos que defendían algunos centenares de locos, y tomarla á cualquier precio, arrojando sobre ella masas de carne, y haciendo pasar la columna viva por encima de los cadáveres de la muerte.

No se diga para amenguar el mérito de los nuestros, que el francés luchaba á pecho descubierto; los defensores también lo hacían, y detrás de la desbaratada cortina no podía guisarse una cabeza. Allí era de ver cómo chocaban las masas de hombres, y cómo las bayonetas se cebaban con saña más propia de fieras que de hombres en los cuerpos enemigos. Desde las casas hacíamos fuego incesante, viéndoles caer materialmente en montones, heridos por el plomo y el acero al pie mismo de los escombros que querían conquistar. Nuevas columnas sustitúan á las anteriores, y en las que llegaban después, á los esfuerzos del valor se unían ferozmente las brutalidades de la venganza.

Por nuestra parte el número de bajas era enorme; los hombres quedaban por docenas estrellados contra el suelo en aquella línea que había sido muralla, y ya no era sino una aglomeración informe de tierra, de ladrillos y cadáveres. Lo natural, lo humano, habría sido abandonar unas posiciones defendidas contra todos los elementos de la fuerza y de la ciencia militar reunidos; pero allí no se trataba de nada que fuese humano y natural, sino de ex-



La defensa de Zaragoza.

Ayuntamiento de Madrid

tender la potencia defensiva hasta límites infinitos, desconocidos para el cálculo científico y para el valor ordinario, desarrollando en sus incommensurables dimensiones el genio aragonés, que nunca se sabe á dónde llega.

Siguió, pues, la resistencia, sustituyendo los vivos á los muertos con entereza sublime. Morir era un accidente, un detalle trivial, un tropiezo del cual no debía hacerse caso.

Mientras esto pasaba, otras columnas igualmente poderosas trataban de apoderarse de la casa de González, que he mencionado arriba; pero desde las casas inmediatas y desde los cubos de la muralla se les hizo fuego tan terrible de fusilería y cañón, que desistieron de su intento. Iguales ataques se verificaban, con mejor éxito de parte suya, por nuestra derecha, hacia la huerta de Camporeal y baterías de los Mártires, y la inmensa fuerza desplegada por los sitiadores á una misma hora y en una línea de poca extensión no podía menos de producir resultados.

Desde la casa de la calle de Pabostre, inmediata al Molino de la ciudad, hacíamos fuego, como he dicho, contra los que daban el asalto, cuando hé aquí que las baterías de San José, antes ocupadas en demoler la muralla, enfilaron sus cañones contra aquel viejo edificio, y sentimos que las paredes retemblaban; que las vigas crujían como cuerdas de un buque conmovido por las tempestades; que las maderas de los tapias estallaban destrozándose en mil astillas; en suma, que la casa se venía abajo.

Los franceses habíanse apoderado también de la batería de los Mártires, y en aquella misma tarde fueron dueños de las ruinas de Santa Engracia y del convento de Trinitarios. ¿Se concibe que continúe la resistencia de una plaza después de perdido lo más importante de su circuito? No, no se concibe, ni en las previsiones del arte militar ha entrado nunca que, apoderado el enemigo de la muralla por la superioridad incontrastable de su fuerza material, ofrezcan las casas nuevas líneas de fortificaciones, improvisadas por la iniciativa de cada vecino; no se concibe que, tomada una casa, sea preciso organizar un verdadero plan de sitio para tomar la inmediata, empleando la zapa, la mina y ataques parciales á la bayoneta, desarrollando contra un tabique ingeniosa estrategia, no se concibe que, tomada una acera, se precise para pasar á la de enfrente poner en ejecución las teorías de Vauban, y que para saltar un arroyo sea necesario hacer paralelas, zig-zags y caminos cubiertos.

Los generales franceses se llevaban las manos á la cabeza, diciendo: «Esto no se parece á nada de lo que hemos visto.» En los gloriosos anales del Imperio se encuentran muchos partes como este: «Hemos entrado en Spandau; mañana estaremos en Berlín.» Lo que aún no se había escrito era lo siguiente: «Después de dos días y dos noches de combate, hemos tomado la casa número 1 de la calle de Pabostre. Ignoramos cuando se podrá tomar el número 2.»

B. PÉREZ GALDÓS



derico Madrazo, se producen obras en que, sin reñir sus autores con la Academia, más ó menos tocados del cosmopolitismo artístico de París y Roma, aspiran con desigual fortuna á la nacionalización de su arte. Los cuadros de Palmaroli, Gisbert, Casado, Vera, Puebla y otros muchos, ofrecerían en el Museo Contemporáneo grandes motivos de reflexión y estudio.

La aparición de los dos genios de nuestra pintura moderna, Rosales y Fortuny, parece que debió influir favorablemente en la marcha de nuestra pintura, más no fué así; pues coincidieron con la gran baja que la pintura alcanzó, y los que siguieron sus pasos no lo hicieron generalmente con el propósito de emularles en sus obras, sino en los precios que, sobre todo las de Fortuny, alcanzaron.

Entonces rompió la juventud, las que con el atolondramiento de la época llamó trabas de la Academia y del maestro, y sin contar con un gran dominio del medio que en pintura y escultura remedía todos los extravíos, cayó en el más absurdo amaneramiento, del que no se ha librado ni lleva trazas de librarse. De esto si que ofrecería el Museo Contemporáneo saludables ejemplos.

No obstante, todavía los cuadros de Villegas, Muñoz, Degraín, Plasencia, Pradilla, Ferrant, Domínguez, Agravot, Moreno Carbonero, los de Casado, en su último y juvenil estilo, los de los viejos maestros como Palmaroli, Vera y Gisbert, que aun viven para gloria de España, y los de muchos jóvenes bien inclinados, podrían ofrecer en el Museo una página que reavivara la esperanza de los que temen la inminente y total decadencia del arte.

Pero, ¿de qué utilidad no sería para los que hayan de ser jurados de Bellas Artes y para el mismo público, que sobre ellos ejerce la coacción de su irreflexivo, entusiasmo el conjunto aterrador de cuadros insípidos ó delirantes, en el que, un *modernismo* necio, aliado con intenciones de mercader, ha alcanzado durante los últimos veinte años los grandes premios!

Por último, y es probable que en ellos hallara la juventud más útiles enseñanzas, en el Museo moderno, tendrían su lugar cuadros del sencillo y profundo Bequer, de Haes, insigne paisajista é introductor en España de la enseñanza del paisaje; de Martín Rico, cuyo gracioso y picante estilo es honra de España, del verídico Casimiro Sainz, de Zamacois, Villamil, Torrás, Unceta, Fierros, Megía, Urgell, Valles, Villodas, Gonzalvo, José y Federico Jiménez, Jover, Escopeta, García Hispalito, García Martínez, Cano, Mercadé, Esquivel, Manzano, D. Germán Hernández, tan pulcro académico hoy como en su juventud, y otros muchísimos de distintas épocas, estilo y mérito.

Pero en el ministerio de Fomento falta un director de Bellas Artes que procure su engrandecimiento y el nuevo edificio de Bibliotecas y Museos se lo han repartido, más ó menos pacíficamente, la Nacional y el Arqueológico, quedando el Museo de Pintura Contemporánea en espera de que un ministro lo mande formar con el atropellamiento que las cosas de arte se suelen hacer aquí.

Francisco ALCÁNTARA

## LA ORDENANZA

—Censuráis los actos de un hombre investido de grandes responsabilidades, porque no los comprendéis; porque todo lo pasáis por el amplio tamiz de un juicio cuya frivolidad envuelve su propia condenación—dijo con vehemencia el veterano encogiéndose desdenosamente los hombros y haciendo avanzar su labio inferior sobre el superior con gesto malhumorado.

—No se incomode Ud., general—le insinuaron con afecto sus interlocutores.

—Nosotros—replicó uno de ellos,—creemos que el fusilamiento de ese soldado fué una crueldad, porque el motivo que dió origen á la terrible sentencia no estaba en relación con la falta cometida.

—¿Que no lo estaba?—rugió el militar poniéndose en pie—¿que no lo estaba? ¿Y qué sabéis vosotros de cosas de la guerra?... Yo, en igualdad de condiciones, ¡lo oís bien! hubiera hecho lo mismo...

Fué tan enérgica la afirmación del bravo, y la profirió con acento de resolución tal, que nadie osó condenar con palabras lo que en la conciencia de los oyentes se encontraba condenado.

—Es más, señores—continuó el general manoteando con furia,—es más, yo he ido más lejos que ese jefe cuya conducta os parece no sólo reprochable sino digna de eterno oprobio.

Y sin aguardar á que sus amigos le hiciesen objeciones, el veterano arrugó el entrecejo, é inclinando la cabeza, exclamó:

—¿Qué recuerdos tan tristes evocáis en mi memoria;

Creí que el tiempo lograria borrarlos pasando por ellos la esponja del olvido. Es inútil pretenderlo. La memoria, más fuerte que la voluntad, soporta el esfuerzo y lo vence. Mi conciencia se halla tranquila, porque creo haber cumplido altos deberes impuestos por leyes sabias que al reglamentar actos materiales regulan profundos sistemas, altas especulaciones cuya trascendencia moral no ha escapado, sin duda, al talento del legislador.

Y sin embargo de eso, noto frecuentemente el cosquilleo de algo que se agita dentro de mí y me molesta con vaguedades inexplicables, como si pretendiese ahuyentar de la conciencia la satisfacción en que rebosa por aquel acto de energía que me impuso el cumplimiento del deber. Los hechos tal vez explicarán, mejor que el análisis, esas contradicciones del espíritu.

El general hizo una pausa brevísima, y luego prosiguió:

—Vosotros no sabréis lo que es la guerra... ¡Es claro!... Sólo la veréis de vez en cuando con los ojos del espíritu, si acaso algún instante os detenéis á meditar sobre las columnas de un periódico donde se hable de ella. Estoy por suponer que ni siquiera esa atención que prestáis á nimiedades insustanciales, habréis dedicado al relato de uno de esos hechos de armas que glorifican á una nación, coronan de laureles á sus soldados y enorgullecen los corazones de los ciudadanos que saben sentir. Pero aunque así sea, os creo susceptibles de experimentar un ligero sacudimiento de nervios al recorrer con ojos distraídos la relación sencilla de una batalla en que el honor pátrio esté empeñado, ó el detalle de un rasgo heroico que demuestre la grandeza de alma y el valor de un hombre.

Pues bien, allá en la guerra de que constantemente me oís hablar, por la parte no escasa que en ella tomé, aconteció algo que carecía de importancia visto en el conjunto de aquella serie inacabable de sucesos prósperos y adversos, pero que, sin embargo, sirvió de mucho para el efecto moral que yo deseaba producir.

Las posiciones que ocupábamos en los cerrillos y parte de la llanura que nos servía de campamento, eran tan detestables que antes del amanecer di orden de avanzar á toda prisa en previsión de que el enemigo advirtiese las ventajas que sobre nosotros poseía, y nos pulverizase en breves momentos.

La lluvia caía á torrentes, y el suelo estaba sumamente resbaladizo, de forma que hacia difícil el apresuramiento en la marcha. Esto no obstante, era necesario precipitarse para subir al picacho que dominaba el valle y los cerros de los alrededores á fin de evitar que los contrarios se adelantaran á tomar aquella posición cuya conquista hubiera sido inútil pretender en ese caso.

Cuando embocábamos el temible desfiladero de donde arrancaba el monte, vinieron á decirme que el enemigo avanzaba con el mismo propósito que nosotros por la parte opuesta del enorme cerro. No había tiempo que perder. Era cuestión de vida ó muerte para ambos ejércitos la posesión del peñasco.

Los soldados caminaban con dificultad aguantando aquel diluvio. El agua, al precipitarse por las vertientes, descendía con ímpetu de catarata. Sin embargo, los muchachos, en apretado haz, subían asiéndose á las peñas y dejando en ellas las uñas.

Aquella ascensión por un terreno ya de por sí casi inaccesible, llevada á cabo por hombres que en su totalidad procedían de regiones en que imperan las llanuras, y bajo una lluvia pertinaz y violenta, hizo concebir el temor de que la empresa con tanta audacia acometida, vendría á tener por necesario término uno de los fracasos más espantosos de mi historia militar.

Algo me tranquilizaba la noticia de que el enemigo hallábase en peores condiciones que nosotros, pero eso no era suficiente para producirme la confianza que las más de las veces suele ser base principalísima del éxito.

Cuando hube formado un cálculo de las probabilidades, di orden de que nadie, absolutamente nadie, tomara la menor iniciativa que pudiese producir el fracaso del plan que me reservaba desenvolver según se presentasen los acontecimientos. Al efecto, conminé con pena de la vida al que disparase un solo tiro antes de que yo lo dispusiera.

Luego animé á los muchachos, para que sin flaquezas ni desalientos escalasen la montaña, con objeto de poseisionarnos de ella antes que el enemigo.

Los que primero llegaron debían mantenerse ocultos hasta que el grueso de la fuerza se encontrase en la posición, y de ese modo poder rechazar con éxito la acometida que yo esperaba.

Los nuestros trepaban como verdaderos gatos por aquellas vertientes pedregosas, donde acaso jamás brotó la planta más insignificante.

Los jefes y oficiales no cesaban de predicar con el ejemplo, gritando:

—¡Arriba! ¡Arriba, muchachos! Pensad en que los rezagados serán los vencidos.

De pronto, cuando ya nos faltaba muy poco espacio para llegar á la anhelada meta, di un salto.

Era que había sonado un disparo, y luego una descarga.

—¡Estamos perdidos!—exclamé con ira y desaliento.

En aquel instante, mi mano convulsa acarició el revólver. En mi imaginación surgió la idea del suicidio.

Ignoro lo que me contuvo.

Allá en lo alto resonaron voces que no sabía como interpretar. ¿Eran de terror? ¿Eran de júbilo?

—¡Arriba! ¡Arriba!—grité ronco de rabia.

Y á riesgo de despeñarnos, sin saber donde poníamos el pie y zumbándonos el cerebro, nos lanzamos como condenados, jadeantes de sudor y con las manos ensangrentadas, á la conquista del formidable cerro que parecía agigantarse cuanto más por él ascendíamos, como si pretendiese aniquilar nuestros esfuerzos. Pero nadie cedaba. Todos redoblábamos las tremendas energías que las mismas dificultades acrecentaban. La lucha fué colosal, pero nadie pensó en ser vencido por la Naturaleza.

Entre tanto, en la cumbre, proseguían los disparos cada vez más nutridos, y cuando yo llegué, ví que los nuestros coronaban la meseta, y que á bayonetazos la defendían contra cuantos enemigos asomaban, mientras un solo soldado se batía á tiros.

Comprendiendo que los contrarios estaban inutilizados, mandé hacer fuego. Poco después huían á la desbandada perseguidos por los regimientos que á prevención dejé en la embocadura del desfiladero.

El triunfo se debía á un soldado, á Juan Berlanga, el que primero llegó á la cima.

Cuando Juan puso su planta en la meseta del cerro, vió que por la parte opuesta subían multitud de enemigos, y temiendo que el retraso de los nuestros hiciese inútil su habilidad ó su valor para encumbrarse el primero y sostenerse allí, empezó á disparar sobre el contrario, que llevaba la delantera y que estaba á poca distancia de la meta. Aquel hombre cayó rodando como una masa inerte y arrastró consigo á varios de sus compañeros.

Juan Berlanga, envalentonado por el éxito y loco de alegría por su acierto, prosiguió defendiendo á tiros la posición sin cejar en su empeño, ni aun cuando á su lado tuvo á multitud de los nuestros.

Al hacerme su jefe la relación, cogí á Juan en mis brazos y estreché con ternura al valiente.

Luego arranqué la única cruz que llevaba sobre mi pecho y la puse en el suyo.

Después... después acordéme de la orden dada prohibiendo que se disparase un solo tiro... y apartándome del bravo lo miré con angustia, y dominando á duras penas mi agonía, dije:

—Ahora, que le fusilen inmediatamente...

—¿Y le fusilaron?—interrogó con ansiedad uno de los circunstantes.

—Así lo exigía la fatalidad... ¡Ya veis... desobedeció mis órdenes!...

R. HERNÁNDEZ BERMÚDEZ

## Chispas

Van llegando de Roma los peregrinos, muy satisfechos todos de lo que han visto. Por ellos sé que el Papa se encuentra bueno, dando á fieles é infieles sanos consejos. Que Italia está cual nunca fuerte y hermosa, si bien tocante á liras nadie las toca; y que el Papa no quiere reinos mudables, pues con el de los Cielos tiene bastante.

Parece que el Khediv, que amor rebosa, va á tomar una turca... por esposa.

Despertó gran interés el cólera de otras veces; el de hoy, según dicen, es un cólera portugués: mucho ruido y pocas nueces.

—¿Qué opinas del Coliseo?—le preguntaron en Roma á un albañil peregrino de los que fueron de gorra. Y él, después de mirar mucho arcos, paredes y bóvedas, murmuró:—á mi me parece que le falta mano de obra.

Manuel del PALACIO



## LA MUÑECA DE LA ABUELA

(CASI MONÓLOGO)

Y no puede menos de ser así, pues mi buena señora doña Trinidad Tovares, viuda de Fuentes Mazarredo, es mujer que, ni de cortesía, cede el uso de la palabra á los que la visitan, que son muchos; porque su esposo, progresista y conspirador terrible, vivió en Madrid muy bien relacionado, y en la emigración que precedió á la *Gloriosa* aún acrecentó sus amistades de importancia.

\*\*\*

—Ud. siempre tan amable. Interesándose en la salud de las buenas amigas como yo, y visitándolas... ¡Ah! piácaro, no con la frecuencia que merecemos por acá. Si, señor. Como que el trato no es de ayer. ¡Pues si levantaría la cabeza mi difunto! ¡Ay! entonces si que estaríamos visitadas y agasajadas. No lo digo por Ud.; pero si Fuentes hubiera vivido estaba yo cansada de ser ministra á estas fechas; y, claro, no faltarian en casa entrantes y pretendientes. En fin, Dios lo dispuso de otro modo. No es por vanidad si me quejo; soy modesta, y no son las pompas y adulaciones las que echo de menos, sino el amparo y la sombra de aquel bendito, que gloria haya, que cuantos más años pasan de su muerte más le lloro.

*(Saca del bolsillo el pañuelo que lleva á los ojos, y confundiéndose en la pausa indicada, intento decir alguna vulgaridad, pero la viuda me ataja enseguida.)*

—Sé lo que me va Ud. á decir... No, si los ochavos me importan poco también. ¿Que entonces me pudo dejar Fuentes una pensión más crecida? Pues crea Ud. que ni pienso en ello. La que cobro es corta; pero Ud. sabe que en Extremadura tenemos una dehesa y varios terruños. Poca cosa, aunque lo bastante para vivir si no con lujo con holgura; se entiende habiendo economía. Esto sobre todo. Ni las minas del Potosí bastan cuando en la corte se vive sin arreglo. Y yo tengo que mirar al día de mañana. Ya Ud. comprenderá que me refiero á Lolita. A mí todo me ha de sobrar, pero mi nieta no es lo mismo. Ha cumplido diecisiete años; no me dirá Ud. que sin provecho. ¡Qué anchura de hombros, qué salud y vigor, y luego qué boca de clavetes y qué ojillos aquellos tan encandilados y traviesos! Pues hijo ya Ud. debe de saber cómo están ahora los hombres. ¿Cómo se dan á valer! Antes con poco garabato que tuviera una muchacha les llevaba como á corderitos camino de la Vicaría. Ahora... si, si.

*(Quiero protestar en favor de mi sexo, pero adivinando doña Trinidad mi intención, me deja petrificado tras del furioso golpe que me descarga en el muslo con su abanico, que está á pique de romperse.)*

—Tendría gracia que los quisiera Ud. defender. A mi con esas, que el domingo antes del Corpus cumplo los sesenta y cinco. Vivir para ver. ¡Ay! ojalá no hubiera yo visto tanto. Y en esto de la picardía de los hombres ¿qué me dejó por enseñar aquel endiablado de mi yerno? ¡Jesús! ¡Jesús! ¡Dios me tenga de su mano y no permita que se me desate la lengua! Pero ¿qué le tengo que decir á Ud., que amigo antiguo de veras, de memoria sabe las desventuras de mi pobre Anita? ¡Qué mártir de mujer! Ciento que empleado le estuvo por desobediente, que ni á su padre ni á mí nos engañó el galanete con las estrellas de capitán y su carita rubia de hipócrita redomado. No llevaba un año de matrimonio cuando se jugó los fondos de la caja. De aquella vergüenza murió mi pobre Fuentes, y sobrevino á Anita la enfermedad que la llevó al sepulcro. Pues, ¿y la última calaverada del maldito? Sublevarse en Badajoz para emigrar á Francia, y no volverse á acordar del pimpollo de su hija, que á no ser por esta pobre abuela, andaría pidiendo por medio del arroyo, ó la habrían encerrado en San Bernardino.

*(Nuevas lagrimitas de doña Trinidad y nuevo intento por mi parte de interrumpirla para consolarla.)*

—¡Lola de mi alma! No la ha de faltar en lo que yo viva quien se mire en ella, y si muero, ya le quedará un modesto pasar, así no se case; que sería lo mejor, de hacerlo con la mala suerte de Anita. Y no será, que para eso tiene su abuela alma y sentidos, y anda siempre ojo avizor. Digo si estoy escarmentada para que otra vez me la pegen. ¡Nada de Ursulinas! ¿Ud. sabe? estas muchachas son unos diablitos cuando se juntan unas con otras. Ahí estuvo mi error; gastar muy buenos duros para que mi hija se despavilara en picardiguélas mucho más que en labores. Vino á casa con los ojos bajos que parecía una monjita, y á los pocos días tuve que echar á la doncella porque tomaba cartas al tenientillo. ¿Cree Ud. que la correspondencia terminó? Pues los billetes iban y venían pegados con obleas á la cuba del aguador. Cuando sorprendí el depósito en el forro del corsé de Anita, ya era tarde, porque el perdurario ya la había depositado judicialmente la vispera. Con mi nieta he ensayado otro cantar, en buena hora lo diga. Profesores viejos y en casa; nada de colegios ni de amiguitas; siempre á mi lado, hasta en la alcoba; así la vigilo con cien ojos. Como que nunca se acuesta sin que disimuladamente palpe las ropas, registre sus bolsillos. Es inocentona como una corderilla, pero crea Ud. que toda precaución no está demás. Dos veces al día registro el costurero y deshago los carretes. He quitado de la sala los jarrones, y me privo de tener macetas, que en todos estos sitios se suelen ocultar papeles. En fin, con decir á Ud. que ni de niña la he consentido muñecas de cartón, sino de porcelana, ó de madera maciza...

—¡Un juguete tan sencillo!

—Tan peligroso debiera Ud. decir. ¿No ve sobre la consola debajo de aquel fanal? Pues es la única muñeca de trapo y cartón que ha habido en casa, y Lolita nunca la ha tocado. Es tosca y ordinaria como las que se vendían en las Covachuelas siendo yo niña. ¿No ve usted las cocas abultadas y las sortijillas? El peinado que hacía furor cuando la regencia de Espartero. A sus pies están las charreteras que usó mi marido en la milicia nacional del 34. ¿Qué recuerdos! ¡Ay, que recuerdos! Y no vaya Ud. á figurarse que los del juguete difieren tanto de los

de las insignias. Ya verá cuando le cuente, como pudo esa muñeca salvar á mi marido de la deportación en tiempo de Narváez, y por qué desde entonces, con tenerles tanto que agradecer, desconfío de esos juguetes ahuecados, y por nada en el mundo entregaría uno de ellos á Lolita. Pues el caso fue, y no era nuevo, como Ud. sabe, que mi marido conspiraba y teníamos en casa un rollo de papeles, que á encontrarlos D. Francisco *El Chico*, el terrible policiazo, el pobre Fuentes no para hasta Filipinas. Llamen una noche á deshora, entran á registrar, yo cojo mi muñeca, le abro con las tijeras por cierto sitio, la desocupo de serrín y en el hueco introduzco los papeles. Todo lo husmean, todo lo revuelven, hasta las sábanas y almohadas de la cama de mi hija, pero la ven dormidita abrazando á la muñeca, y al fin se van persuadidos de que fué inmotivada la denuncia. Dígame ahora si el juguete tiene menos historia política que la charretera. Además comprenderá por qué no he querido comprar á Lola muñecas como esa. Para una pollita no puede haber estafeta mejor disimulada. ¡Mire Ud., mire Ud!

*(Se levanta doña Trinidad, quita el fanal, coge la muñeca, y, acercándose á mí, me la pone en las manos.)*

—Por lo que advierto, señora, también ha tenido la curiosidad de conservar aquí, los comprometedores documentos.

—¡Pero qué dice Ud! ¡Ave María Purísima! Si hace más de cuarenta años que de ellos no dejé ni las cenizas. Sin embargo, tiene Ud. razón, aquí suenan papeles... y este bulto...

*(Extrae del interior de la muñeca un fajo de cartas.)*

—¡Dirigidas á mí Lola! ¡Dios mío qué es esto! ¿Pero cómo están aquí; y este Arturo, quién es?

*(Toca precipitadamente el timbre y aparece la doncella.)*

—A la señorita que se presente en seguida. ¡Jesús! hay para volverse loca. Mayo del 93... Un año hace que se escriben, y yo... ¡Ah! ¡la corderilla inocente!... Pero ¿qué hace que no viene? ¡Dios me tenga de su mano, y Ud. me dispense; creo que la voy á desollar...

*(Reaparece la doncella.)*

—¿Que no está? ¿Que no se la encuentra en ninguna habitación de la casa? ¡Irse!... Pero ¿cómo y adonde? ¡Ah! Si ese Arturito...

*(La angustiada abuela que se convence del rapto, leyendo una carta fechada la vispera, agota el repertorio de las interjecciones de dolor, y se considera en el caso de dejarse caer desvanecida.)*

\*\*\*

El monólogo está terminado; mas para buscarle trascendencia, antes de retirarme en definitiva, asomo la cabeza entre las cortinas del foro, y explico al público la moraleja; procedimiento directo que recomiendo á los autores de obras con tesis, para evitar equivocadas interpretaciones.

Y he aquí la tesis del *casi monólogo*:

«Contra las tretas é intrigas de chiclea con amoríos de nada vale la experiencia y la vigilancia de la madre más avisada ni aun de la más ducha abuela.»

*(Telón rápido.)*

R. BLANCO ASENJO.

## Alrededor del mundo

SUMARIO

La purificación del agua.—No más filtros ni hervores.—El sol basta y sobra.—Cómo procede la Naturaleza.—Experimentos concluyentes.—Las pruebas de Palermo.—Consecuencias extraordinarias.—Una verdad que parece paradoja.—El agua ideal es la de alcantarilla.—Recuerdo de Ferrán.—Nuremberg y su zapatero-poeta.—Los maestros cantores y Hans Sachs.

¡Sol vivificador! ¡Sol purificador!

«Dadme el agua más sucia y más cargada de microbios, y dadme al mismo tiempo un rayo de sol, y al cabo de una hora os devolveré aquel agua más limpia y más pura que recién brotada del manantial.» Tal es la última afirmación de la ciencia. No más filtros de piedra ni de carbón, Pasteur ni Cumberland. Sol, nada más que sol es lo que se necesita para purificar el agua.

A su paso por las ciudades los ríos reciben todas las impurezas de las alcantarillas, y sin embargo, á los pocos kilómetros sus aguas están ya limpias. Es porque las materias orgánicas van quedándose depositadas en el fondo; es que al agua sucia se va mezclando la limpia que brota y se filtra al través del suelo; es que las oxidaciones van realizando su obra. Todo esto es cierto. Pero el gran agente purificador es la luz.

Sus efectos son extraordinarios. Se expone á la luz difusa el agua más cargada de bacilos coli, tíficos, etc., y á los tres días todos han muerto; si la exposición se hace á la luz directa del sol, á la hora estará limpia de microbios el agua.

Pansini ha obtenido en Nápoles los resultados siguientes con el bacilo carbuncoso: á los 20 minutos de exposición al sol, el agua cargadísima de estos bacilos tenía 2.520 colonias; á los 30 minutos, 366; á los 70 minutos 130; pocos minutos después ninguna. Estos experimentos han sido hechos con vasos de cristal trasparente, y teniendo poco espesor la capa de agua.

Con vasijas opacas, en las cuales no entra la luz más que por la boca, ha hecho ensayos Procaccini, en Nápoles también; un día de exposición al sol en estas cacharros ha bastado para esterilizar por completo agua de al-

cantarilla que contenía nada menos que 420.000 bacterias por centímetro cúbico.

Otro experimentador, el alemán Buchner, ha comprobado de una manera práctica hasta que punto influye la luz en la purificación de las aguas en los ríos, y hé aquí sus cifras: el agua cogida en el río Isar, poco más arriba de Munich, á las 8,45 de la noche, después de soleada todo el día, no contenía más que cinco colonias de microbios por centímetro cúbico; el agua cogida en el mismo sitio, á las cuatro de la madrugada, contenía 520 colonias por centímetro cúbico.

¿Puede darse nada más concluyente que estas pruebas? La deducción práctica que se saca de ellas es que todos tenemos una manera eficazísima y bien barata de purificar el agua que bebemos: no hay más que exponerla bien al sol durante unas cuantas horas y, si es posible, en vasijas de cristal.

\*

Pero aun hay algo más extraordinario todavía en el estudio de esta materia, y que tiene verdadera importancia en estos momentos: de la inquietud por la cuestión del cólera.

El doctor Palermo ha sometido á la acción solar agua cargada de bacilos del cólera; al cabo de tres ó cuatro horas los bacilos no habían muerto, pero su virulencia estaba muy atenuada. Hizo las mismas pruebas con cultivos coléricos diluidos en agua, y descubrió que bajo la acción solar estos cultivos se convertían en inofensivos, sin perder por eso su poder vacunante.

Este descubrimiento tiene un interés capital bajo el punto de vista de la higiene; porque si las deyecciones de los coléricos arrojadas á los ríos se atenuan, é inyectadas protegen contra la inoculación intropéritoneal del bacilo del cólera, es muy posible que bebidas protejan también contra la ingestión del mismo bacilo. Por cierto que conviene recordar, á propósito de esto, que el doctor Ferrán propuso años há que se echaran cultivos del bacilo del cólera en los ríos que sirven para la alimentación, observando que las aguas tratadas así provocaban ataques muy atenuados que hacían las veces de una verdadera vacuna anticolérica.

Todas estas teorías introducen una revolución profundísima en las ideas que hasta ahora han existido sobre la necesidad de apartarse como de la muerte de todo agua contaminada. Lo que ahora se recomienda es precisamente lo contrario.

El agua más contaminada es la más susceptible de convertirse en mejor para el consumo. Cuando todos los microbios la han tomado por campo de batalla, agotando cuanta materia orgánica contenía, no tienen más remedio que morir por falta de alimento. Entonces queda convertida en agua, no sólo purísima, sino dotada además de propiedades vacunadoras generales y extraordinarias, por cuanto contiene todas las toxinas microbicas imaginables. El agua ideal es, por lo tanto, el agua de alcantarilla, y si se encuentra más contaminada todavía, mejor: no hay más que hacerla sufrir las fermentaciones necesarias, para lo cual basta con exponerla al sol durante algunas horas, y queda realizado el milagro de trasformarla en maravillosa agua anticolérica, antitifoidea y antitodo cuanto malo nos viene por los microbios.

\*

La ciudad de Nuremberg celebra este año el cuarto centenario de Hans Sachs, el zapatero-poeta.

Arqueólogos y literatos andan con este motivo muy ocupados en Alemania, buscando unos reliquias de su héroe, y narrando otros la historia de su vida y las singulares vicisitudes de su gloria, tan festejada hoy y desconocida durante tanto tiempo.

Sachs fué en vida el rey de la escuela poética de Nuremberg; pero á su muerte cayeron en olvido sus obras, y nadie se acordó de él durante dos siglos más que para llamarle zapatero-poeta en tono de zumba. Goethe fué uno de los primeros que reconocieron su génio, pero no obstante sus esfuerzos y los de multitud de críticos, no hubo manera de devolver su popularidad á la obra poética del maestro en obra prima.

Llega Wagner y escribe *Los Maestros Cantores*, y lo que sábios y literatos no habían podido conseguir, lo realiza el mago de Bayreuth en un solo día, dando á Hans Sachs una popularidad mayor aún de la que tuvo en vida.

WANDERER

MADRID.—1894

Cromotipia y fotograbado de L. R. y C.<sup>ª</sup>, S. Bernardo, 69.

Tirado en máquina cromotípica rotativa Mariuoni.

TINTA LORILLEUX

Imprenta de EL IMPARCIAL á cargo de Angel García.

Ayuntamiento de Madrid





Por los macarrent.



Por demostrar su erudición.



Para ver de lo que es capaz un burgués.



Para entregar un himno al Papa.



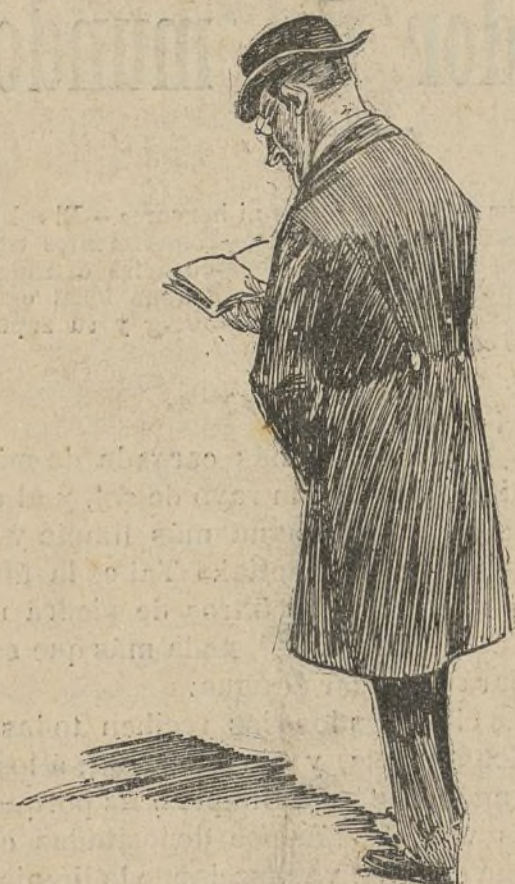
Para estar quince días lejos de la Simforosa.



Por si cade algo.



A combatir al monstruo de la impiedad.



Por fé sincera.



Porque va la gente.

## A QUÉ HAN IDO A ROMA